

SERMON

SOBRE

LA GRANDEZA DE DIOS

PARA EL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

(DE TORNÉ.)

Dominum Deum tuum adorabis.

Adorarás al Señor tu Dios.

S. Mateo, c. 4. v. 10

En el Evangelio de hoy se ve al demonio conducir á Jesus á lo mas elevado del templo, y mostrarle los reinos de la tierra, diciéndole, yo te daré estas dilatadas regiones, si postrándote en tierra, me adorares : *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* De este modo os tienta él á vosotros, hermanos míos, todos los días, aunque con un modo ménos perceptible.

Es cierto que el demonio no se os presenta personalmente á proponeros abiertamente que le adoréis, ofreciéndos algunos reinos por recompensa de vuestra adoracion : este lazo manifiesto no prenderia en personas instruidas por el ejemplo del Salvador : sabrian confundir al tentador con estas terribles palabras : escrito está, adorarás al Señor tu Dios : *Dominum Deum tuum adorabis.* Mas ¿cuántas diferentes figuras no toma él para haceros que tributéis á las criaturas las adoraciones que son debidas á solo Dios? Os pone á la vista á vuestro rey en lugar del soberano Señor de cielos y tierra; ofrece á vuestros afectuosos obsequios una frágil belleza; os hace que dobléis la rodilla á un protector, para interesarle en vuestra fortuna; os propone á un grande de la tierra, para que compréis sus favores y valimiento con el incienso de la adulacion : sus artificios trasforman todos los objetos de vuestros deseos en otros tantos ídolos, que sean los únicos que acepten vuestros sacrificios. Los honores, placeres, riquezas, satisfacciones del amor pro-

pio, y en una palabra, el contentamiento de vuestras pasiones, todo esto es lo que tácitamente os promete, si adorareis estas falsas deidades; este es el premio de la idolatría en que os quiere empeñar : así se hace adorar bajo el velo de la criaturas, como antiguamente se hacia adorar en las estatuas de los falsos dioses. Yo te daré todas estas cosas, dice á cada uno interiormente, si te postrares para adorarme en los ídolos que te presento : *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.*

¿Qué remedio os daré, hermanos míos, contra esta continua tentacion? Yo le hallo en las palabras de mi texto : acordáos que está escrito : solo adorareis al Señor, vuestro Dios : *Dominum Deum tuum adorabis.* Este es el oráculo que debéis oponer á la interior falacia que os ofrecen otras divinidades; con estas ideas debéis reprimir las inclinaciones que sentís, á desperdiciar vuestros obsequios : no es lícito que los tributéis sino á solo Dios. Con el fin de que siempre le consagréis esta preferencia de adoracion, he querido mostraros en este discurso un diseño de las grandezas de la Divinidad. El medio mas sencillo de ejecutarlo es recorrer sus principales atributos : de estos, ocho me han parecido los mas propios para penetraros de amor y respeto; son su unidad, inmutabilidad, eternidad, inmensidad, poder, sabiduría, justicia y bondad.

Mas ¿qué emprendo aquí, hermanos míos? ¿intento acaso descorrer con mano atrevida el velo que os encubre la grandeza del Omnipotente, retirar las tinieblas que rodean su trono, y dejarme oprimir del peso de su gloria? No, hermanos míos, no he concebido esta soberbia temeridad. Me limito á los rayos de grandeza que Dios ha dejado llegar hasta nosotros : solo pretendo reunir en los términos de un discurso las principales facciones, con que el Señor ha querido pintarse á sí mismo en los sagrados libros.

Vosotros pues, autores sagrados, y sobre todo vosotros, profetas del Dios vivo, franqueádme las vivas é interesantes imágenes de la Divinidad, que tan frecuentemente se observan en vuestros misteriosos escritos. Solo usando del lenguaje de Dios, podré hablar dignamente de su grandeza. Imploramos ante todas cosas la inspiracion del Espiritu santo por la intercesion de la santísima Virgen. *Ave Maria.*

Oigamos al Altísimo definirse á sí mismo en estos sublimes términos : *Yo soy el que soy* : esto es, yo soy el ser por esencia. Ó palabra verdaderamente divina! Cualquiera otra palabra, ó Dios mio, no corresponderia á vuestra grandeza : cuanto se añadiese á esta enérgica expresion, no haria mas que disminuir su fuerza, y limitar su extension. El ser supremo, independiente, eterno, infinito, todo esto dice ménos que el ser. *Dirás que te envía el que es*, dijo el Señor á Moises. Esta bella denominacion de la Divinidad nos va á descubrir el origen de sus atributos, y los fundamentos de su soberanía.

I. La unidad en primer lugar es un atributo necesario del que existe por sí mismo; porque, hermanos míos, es un principio incontestable que el Ser por esencia es infinito por su naturaleza; y dos infinitos diferentes ¿no son una absurda paradoja? Insensatos que multiplicáis vuestros dioses, decidme : ¿son inferiores y están subordinados á un Dios supremo? Mas si no han recibido el ser ¿de dónde les vendrá su dependencia? si han sido criados, ¿serán no obstante dioses? ¿Queréis, como el otro infame heresiarca, reconocer dos dioses contrarios, y dos principios opuestos del bien y del mal? ¡Cuán débiles y monstruosas serian estas divinidades enemigas, que estarian siempre combatiéndose, y siempre reprimidas y como encadenadas, para decirlo así, la una por la otra, sin poder vencerse ni destruirse! ¡Cuán imprudente seria el dios que disputase á un enemigo mas poderoso el dominio absoluto, y la soberana grandeza! ¿Queréis mas unos dioses que concurran á unas mismas operaciones con la mas perfecta armonía? ¿Mas no es señal de debilidad unir sus fuerzas á las fuerzas de otro? ¿no es cosa mas gloriosa reunir en sí la omnipotencia, que recibir de otro alguna parte de ella? No es soberanamente grande el que reconoce á otro por igual suyo : es aniquilar al verdadero Dios señalar otros semejantes, porque entónces resulta una cualidad superior á la independiente soberanía. Impelido de estas grandes verdades, exclamó un Padre de la Iglesia : *sí; ó hay un solo Dios, ó no hay ninguno.*

Tampoco hay en Dios otro atributo de que él se muestre tan zeloso, como su unidad. *Yo soy el Señor*, dice él á su pueblo, *y yo soy el único. Yo soy, ó Israel; no ha habido otro dios antes que yo, y no le habrá despues de mí. No hay otro dios que yo; yo no tengo semejante.* Mirádme, hombres insensatos, y enten-

déd que yo soy el único. Yo soy el Señor, y el único que salva : yo hago todas las cosas por mí solo. Abrid los sagrados Libros, y en cualquiera parte de ellos hallaréis estas majestuosas palabras. Si la unidad de Dios está expresada hasta la evidencia, os protesto, hermanos míos, que es necesaria una luz sobrenatural para descubrir la trinidad de las personas en una sola naturaleza. Ó fe divina! venid á someter mi razon. Soberana luz de la revelacion! fortalecédnos en la creencia de estos misterios desconocidos á toda la sabiduría de los filósofos. Sí; la Fe me lo dice, y yo lo creo. Dios tiene un hijo, y este hijo no es un Dios distinto de su padre. Detengámonos aquí : ¿quién podrá explicar esta divina generacion? Me engaño, hermanos míos : la Fe nos enseña á decir algunas palabras sobre este gran misterio. Dios se conoce á sí mismo, y no cesa de contemplarse. Este conocimiento de sí mismo es un pensamiento, aquel pensamiento sin el cual jamas existió, pensamiento unido á su naturaleza, é inseparable de la Divinidad : pues este pensamiento que no cesa de producir dentro de sí, es el Verbo, es su Hijo; Hijo único y perfecto, engendrado *ab eterno*, Dios como su Padre, inmenso, eterno, omnipotente como su Padre, consustancial, igual en todo á este inefable Padre, el esplendor de su gloria, la copia de su esencia, el purísimo espejo de su majestad, la imágen de su bondad, y hablando con exactitud, otro él mismo; mas sin confundirse con su original, y sin formarse dos Dioses diferentes. Esta es la maravillosa generacion siempre continua, siempre perfecta, y que jamas ha comenzado : es la generacion en la que se aumentan las personas sin dividirse la esencia; en la que la concepcion no es diferente del parto; y en la que el hijo es engendrado, sin salir del seno que le ha concebido. Esta es una naturaleza riquísima, é incomparablemente superior á la nuestra, la cual solo puede reproducirse en individuos absolutamente diferentes de nosotros. Ó admirable Padre! á vos solo debéis vuestra preciosa fecundidad : vuestro fruto no fué jamas una semilla; no le habéis visto desplegarse, nacer y crecer; tampoco le veréis perecer : le habéis concebido y engendrado perfectamente sin separarle de la Divinidad. Esta divina operacion carece de época : antes de todo tiempo, desde que vos sois Dios, proferisteis aquella expresion amorosa; *ó Hijo mio, yo te he engendrado en este dia; dia eterno que no ha tenido mañana, y que no tendrá tarde.*

Y ¿por qué Dios no había de ser padre de un hijo tan perfecto como es él mismo? ¿había de ser estéril el que da fecundidad á toda la naturaleza? Yo, dice él por su Profeta, *yo por quien todo engendra, ¿no podré engendrarme á mí mismo?* Sí; vos lo podéis, Señor; mas no podéis engendrar sino á un Dios; y ¿puede haber otro Dios que vos mismo? Dejemos de hacer vanos esfuerzos para extinguir la Divinidad. El Espíritu santo no ha querido dictar, ni aun á los profetas, oráculos mas claros de tan inefable misterio. No esperemos elevarnos mas que el águila de los evangelistas; basten á nosotros estas sublimes palabras: *El Verbo existía en el principio, el Verbo estaba en el seno de Dios, y el Verbo era Dios.*

Mas ¿qué otro misterio se presenta para oprimir mi débil inteligencia? ¿Cuál es la tercera persona, cuya divinidad nos ha revelado la Fe, igual en todo al Padre y al Hijo, Dios en fin como el uno y el otro, y que es como estas dos personas, un solo é idéntico Dios? Esta es, hermanos míos, el Espíritu santo, el Espíritu comun del Padre y del Hijo, el recíproco amor de estas dos personas, el lazo que las une, sin confundirlas. Este Espíritu inefable no es engendrado por el Padre, ni engendra al Hijo; mas procede del Padre y del Hijo.

Me engaño? yo creo entender, como si lo viera, que Dios ama á su Hijo, y que el Hijo ama á Dios. Este amor es esencial á la Divinidad; tiene todos los atributos, es Dios; porque ¿qué puede haber, Señor, en vos que no tenga el carácter de la divinidad, y que no contenga su plenitud? Mas cuál es mi ignorancia? concibo la trinidad de las personas, y me parece que veo tres Dioses diferentes. Reflexionando atentamente, advierto claramente la unidad de Dios, y no descubro la trinidad de las personas. Enmudece, razon mia: tú por ahora solo eres tinieblas y debilidad. Vos, Señor, lo habéis dicho; esto basta: lo creo, y adoro un mismo Dios en tres personas, á las cuales debo un solo culto y un mismo amor.

No solo Dios es uno en su naturaleza; lo es tambien en sus atributos, en sus pensamientos y en sus decretos. Digo en sus atributos, porque esta admirable unidad no puede ser concebida por la imaginacion, ni puede representar un Dios, sin considerar en él otras tantas perfecciones separadas, y otros tantos aspectos, cuantas son las relaciones que tiene con sus obras. Nos vemos pues en la precision de distinguir y dividir en cierto

modo su justicia, bondad, poder y sabiduría; en una palabra, de indagar en la diferencia de las divinas perfecciones la causa de la diferencia de sus efectos; mas por muy imperceptible que sea á la imaginacion un ser infinitamente sencillo, no es ménos cierto que Dios es uno en las perfecciones, como lo es en la naturaleza, y que la distincion de sus atributos es una mera quimera del ingenio humano. Sí, hermanos míos, la Divinidad es soberanamente una y sin division, y este único y grande atributo es el que en ella piensa, quiere, ejecuta, cria, conserva, destruye, castiga y recompensa.

Formaria una idea impropia del Ser infinito el que estableciese en él multiplicidad de pensamientos y decretos. No creáis pues que cada una de sus obras esté marcada con un nuevo acto de su omnipotente voluntad: no creáis que el número de sus pensamientos corresponde al número de los objetos que comprende. Nosotros somos los que, no pudiendo por nuestra corta y ruda inteligencia discurrir de una vez sobre muchas ideas, nos vemos precisados á recorrerlas con una larga serie de pensamientos, y á considerar cada una de ellas en particular: nosotros somos los que multiplicamos tanto los actos de la voluntad, cuantas son nuestras obras, tomando nuestras almas tanta variedad de afectos, cuanto son varios nuestros deseos y pasiones; mas ¡cuán diferentemente obra el Espíritu infinito que gobierna el universo! Con un solo pensamiento todo lo ha visto, y con un solo querer todo lo ha hecho.

¿Qué sucedería, si cada movimiento en la naturaleza, si cada suceso le moviese á obrar de un modo diferente; si cada átomo exigiese la particular atencion, las órdenes y disposiciones del Criador; si Dios en fin fuese tan compuesto en sus ideas y decretos, como lo es la naturaleza en sus operaciones, y lo somos nosotros en nuestros deseos y en nuestras obras?

Esta universal prevision, este único decreto del Ser soberano basta no solo para todas las cosas presentes, mas tambien para la serie de cuantas han de acaecer. Con una mirada registra todas las edades, como registra en cada instante todas las cosas. La misma operacion que puso en movimiento la naturaleza, arregló la constitucion de todos los siglos. Engañados por la variedad de las obras de Dios, nos imaginamos ver en él innumerables decretos, que se suceden unos á otros con la misma pres-

teza que los efectos naturales; mas lo que parece mostrarnos una serie de los designios del Criador, no es mas que una continua ejecucion de aquel decreto general, indivisible é inalterable que se formó ántes de todo tiempo, para establecer la existencia física y moral de las cosas futuras.

II. Esta unidad de decreto y de pensamiento que es esencial á la Divinidad, os recuerda ya, hermanos míos, otro atributo contestado por las Escrituras, celebrado por los profetas y reconocido por los filósofos. Este es la inmutabilidad de sus decretos y de su ser, ó por mejor decir, el mismo atributo con diferente nombre. ¿Puede Dios ser esencialmente uno é indivisible en sí mismo y en su pensamiento, sin ser juntamente inmutable? ¿puede haber alguna variacion en una inteligencia que excluye la multiplicidad y sucesion de las operaciones? No, hermanos míos, no es posible formarse otra idea de un espíritu que es infinito. ¿Se atreverá alguno á imaginar un Dios que imite la perpetua inconstancia de las criaturas con la inconstancia de sus pensamientos, y que sea una imágen de las humanas revoluciones? Se hallaria animado de diversas pasiones, segun los tiempos, pasaria de un afecto á otro, y cuando hiciese brillar las señales de su bondad, justicia, venganza, longanimidad, clemencia ó indignacion, se veria sucesivamente conmovido de estas diversas afecciones.

No, hermanos míos, no; esto seria reducir al Altísimo á la infeliz constitucion de los humanos. Nuestras almas se hallan tristemente expuestas á los ímpetus de pasiones contrarias, que las mueven alternativamente: siendo nosotros mas inconstantes que los vientos que alteran las ondas, nos mudamos á cada instante; mas el Ser supremo que advierte todas las humanas revoluciones, jamas experimenta en sí alteracion. Cuando muda, destruye ó renueva fuera de sí mismo con su omnipotencia, no hace mas que ejecutar lo que tenia determinado desde *ab eterno*. Sus designios son eternamente inmutables, sus pensamientos serán invariables hasta las últimas generaciones, cada instante no discrepa un punto del orden de su providencia, y jamas altera sus decretos. Si nos dice en los sagrados Libros, que puede arrepentirse y retractar sus amenazas ó promesas, es acomodándose al estilo de unos hombres débiles, á quienes es necesario corregir, valiéndose de sus propios errores; mas

cuando se ha dignado hablarnos é instruirnos de su naturaleza, ¿no ha dicho expresamente por su Profeta: *Yo soy el Señor, y no me mudo?*

¿Cómo os habéis de mudar, gran Dios, siendo vos la plenitud del ser que excluye de sí la mas pequeña alteracion? Las continuas mudanzas son propiedades de las criaturas que, no teniendo el ser y sus cualidades de sí mismas, tampoco pueden conservar ambas cosas por sí: así todo lo sublunar es mudable y no tiene constante duracion. Nuestras edades son diversas las unas de las otras, y cada año trae consigo nuevos sucesos y nuevas pasiones. Un solo dia suele ser en nuestra alma el resúmen de todas las edades, como lo es en la naturaleza el compendio de las cuatro estaciones. No hacemos mas que mostrarnos á la tierra, y desaparecer. Las generaciones pasan con mayor rapidez que un rio, y van á sepultarse en los sepulcros. La tierra no cesa de producir y de tragarse nuevos habitantes: los tronos mas sólidos se estremecen y se destruyen, los imperios caen y se levantan, las revoluciones fundan ó destruyen los pueblos, y varian mil veces la escena del mundo; todo se muda como nosotros, todo pasa y todo se consume; la naturaleza se adorna y se despoja sucesivamente; los vallecillos se terraplanan ó se ahondan; las estrellas se oscurecen y se apagan, la naturaleza se debilita, el universo envejece y camina á su ruína; aun los cielos, que al parecer habian de resistir á la violencia del tiempo, deben perecer algun dia: y vos, ó Dios mio, en medio de tan diferentes mudanzas jamas os mudáis, y permanecéis siempre el mismo. Miéntas toda la naturaleza se envejece como un vestido, vos permanecéis sin disminucion, la eternidad no os altera, y vuestra ley, tan inmutable como vos, no habrá experimentado la menor mudanza, cuando el cielo y la tierra ya no existan: vos, Señor, habéis dicho que ellos perecerán; pero que vuestras palabras han de subsistir.

III. No, hermanos míos, ni Dios ni sus palabras pueden dejar de ser. ¿Podria perecer el que no puede experimentar la menor mudanza? No; un ser inmutable no puede disminuirse ni aniquilarse; no puede reducirse por su virtud á la nada, como no puede criarse á sí mismo, y ántes que la Divinidad se destruyese, se formaria un Dios de la nada; mas la nada no puede producir el ser, ni el ser se puede aniquilar: así la eter-



inidad de Dios es una consecuencia necesaria de la independencia é inmutabilidad de su ser.

Sí, gran Dios; vos habéis sido ántes de la creacion, vos habéis sido *ab eterno*, vuestro trono es mas antiguo que los siglos, vuestro imperio precedió al principio del tiempo, y vuestro reino durará mas que todas las generaciones y todas las edades. Reconozco en vos aquella divina sabiduría que describió tan magníficamente su eternidad con las palabras de Salomon. Á vuestra vista la duracion de un siglo es tan corta como el día de ayer. ¿Quién llamó desde el principio la serie de todas las generaciones? Dijisteis vos por el Profeta: *yo que soy el Señor, yo soy el primero y el último, y el que desde el centro de mi eternidad veo comenzar y acabarse todas las cosas.*

Pero qué digo? qué error es el mio? En la idea que me formo de este grande atributo de la Divinidad, creo ver en Dios instantes sucesivos que fueron, son y serán, una duracion en fin, que solo se diferencia de la de las criaturas en que no debe tener fin. ¡Grosera ilusion que forman en mi idea la sucesion de las cosas percederas y la alternativa de mis reflexiones! No existe así el Eterno: para él no hay division de tiempo, sucesion, variacion ó movimiento que pueda señalar los instantes de su duracion. ¿Qué Dios sería el nuestro, si huyese de él el tiempo presente, y distase de él el futuro? ¡Qué débil sería un Dios que no pudiese apresurar la sucesion de los tiempos, que viese con impaciencia al uniforme curso de los siglos ejecutar lentamente sus eternos designios y desplegarse insensiblemente á su vista la cadena de los sucesos venideros! No, Señor, no se puede decir que haya para vos pasado ni futuro, que os retiráis de las primeras edades, que os acercáis á las últimas, y en fin que os envejecéis con los años: estas son expresiones vagas y términos impropios que solo convienen á nosotros. *Yo soy*, dice el Señor, no el que fué y el que será, sino *el que es*. Es concepto quimérico atribuirme pasado y futuro: yo no he sido; *yo soy*: yo no seré; *yo soy*. Ó hombre! quiero humanarme contigo, y ayudarte á que me conozcas. Pues al fin no puedes dejar de imaginar siglos, sabe que todos los siglos me son presentes, que todos pasan delante de mí; pero que yo no paso con ellos. Imagínate un rio, cuyas aguas pasan con rapidez entre sus márgenes: pues yo mas inmóvil que la ribera, veo pasar delante de mí el torrente de las edades. Arrebatado tú de

este torrente, y sin que lo adviertas, crees verme á mí pasar, y tú eres el que pasa. Dime, ¿las márgenes no abrazan todo el rio? Así, y de un modo mas maravilloso, yo abrazo todos los tiempos, y ocupo toda la eternidad.

Entiendo, Señor, y creo que excluís el tiempo y su duracion: entiendo que vos solo podéis decir, *yo soy el que soy*. Oh! ¿lo diré de mí mismo yo, que no existo ya en el instante pasado, que no existo aun en el venidero, y que ceso de existir en el presente? Yo no soy, ántes me aniquilo á cada momento, para ser criado de nuevo en cada momento. Continuamente comienzo y acabo de ser: paso como el agua, y no puedo detenerme en mí mismo. No tengo el vacío de la nada, ni la solidez del ser; mas sí una vida prestada que recibo y pierdo sin cesar. Mi duracion es una continua aniquilacion, miéntras que vuestra eternidad, ó Dios mio, siempre una, indivisible é inmóvil, está presente á vos en su infinitud, sin parecerse en nada á la duracion sucesiva de los tiempos. Es cierto que Dios, para declarar su eternidad, ha usado en la Escritura de expresiones acomodadas á la debilidad de nuestra inteligencia: se suele nombrar *el que era, el que es y el que será*; ¿mas no ha dicho tambien, para los que saben meditar su grandeza, *yo soy el que soy*? Este misterio no es para vosotras, almas carnales, á quienes ofuscan los sentidos. Limitáos á imperfectas imágenes; usád, pues se os permite, del lenguaje comun; mas vosotros, los que deseáis un conocimiento mas elevado de la divina esencia, y á quienes se ha concedido la ciencia de los misterios de Dios, desechád las vanas ilusiones: eleváos, ó espíritus contemplativos, á sublimes meditaciones, diciendo lo que el Apóstol: *aunque nuestro cuerpo está todavía sobre la tierra, nuestro espíritu está ya en el cielo.*

IV. El Señor abraza todos los lugares, como todos los tiempos: este es otro atributo que los profetas nos representan con las mas bellas imágenes. Dios, dicen ellos, se extiende infinitamente mas allá de la tierra y del mar, está mas elevado que los cielos, y descende mas bajo que el abismo. ¿Á dónde podré huir de vos, ó Dios vivo? ¿en dónde podré retirarme de vuestra presencia, y esconderme de vuestra vista? Si subo al cielo, allí os veo; si desciendo al abismo, allí os hallo; si volare al amanecer al occidente y á las extremidades del mar, tu mano me conducirá hasta allí. ¿Podrán acaso las densas tinieblas es-

conderme de la vista del Señor? inútil y vano recurso! porque son para él tan claras como el dia. No, la noche mas oscura, y las sombras de la muerte no pueden ocultar á los pecadores; la vista penetrante del Altísimo ve sus mas secretas obras, y su brazo los hace perecer. O hombre, ¿imaginas que yo no soy tu Dios sino desde cerca? ¿que puedes huir y retirarte de mí adonde no alcance mi brazo? ¿piensas que no veré al que se escondiere en una caverna, para sepultar en ella sus maldades? *acaso no lleno yo los cielos y tierra?* esto dice el Señor.

Así nos habla Dios, hermanos míos, de su inmensidad, para acomodarse á nuestra corta inteligencia. Es cierto que usa de sublimes imágenes; mas ¿cuáles se hallarán en la naturaleza, que puedan representar este Ser invisible que la imaginacion no puede concebir? Oh! cualquiera imagen le desfigura: cuanto ménos se le quiere representar, tanto mejor se le concibe. Sepamos elevar una vez el espíritu sobre nuestros sentidos: Dios, hablando con propiedad, no ocupa lugar. Seria idear un Dios material el decir que está en este ó en aquel lugar. De este modo existen los cuerpos; y el Dios que adoramos, carece de toda propiedad material. No hay duda que es inmenso, mas sin circunscribirse en el espacio, como es eterno, sin sucesion y sin duracion. Su inmensidad es una é indivisible como su eternidad: como no hubo jamas en él pasado ni porvenir, tampoco hay en él partes ni dimensiones.

No, Señor, no sois un compuesto monstruoso que se pueda dividir y analizar: no formáis un todo, del cual cada parte considerada separadamente no sea Dios. Antes que describiros así, yo aprecio mas el no poderos comprender. Es justo que seáis superior á todas mis ideas: no seriais Dios, si os pudiera comprender la humana inteligencia. Siendo vos tan grande, ¿cómo os podré yo concebir? Si no comprendo cómo sois inmenso, sin que os abrace la dimension del espacio, por lo mismo quedo mas firmemente persuadido. Si digo alguna vez: mi Dios está presente á mí, le dejo en un lugar y le hallo en otro; llena la tierra, los cielos y la inmensidad del espacio; esto lo hago por condescender con mi debilidad, y por sostener mi piedad con semejanzas ó imágenes.

Dónde está pues el Ser inmenso? Cuestion absurda, que no se puede resolver mejor que omitiéndola. Él todo lo ve, y en todas partes obra, y no ocupa lugar. Hallándose en todas par-

tes, en todas ejerce su actividad; no hay lugar en que no reine por las leyes de la naturaleza, ó por la eficacia de la gracia; no hay lugar impenetrable á su vista, ó adonde no alcance su omnipotencia: ¡presencia admirable, y verdaderamente digna de un Dios! Cese ya el impío de decir, yo me esconderé de la vista del Eterno: ¿pensará él en mí desde la altura de los cielos? ¿quién soy yo, átomo imperceptible, para ser observado en la multitud de las criaturas? Reflexione que los cielos hasta la mas elevada de sus bóvedas, el universo hasta las mas retiradas extremidades, el abismo con toda su profundidad, y todos los seres contenidos en estos innumerables espacios están llenos de su presencia y penetrados de su vista. ¿Hasta cuándo, ó Señor, se preciarán los pecadores de la impunidad? Han maltratado á vuestro pueblo con todo género de violencias y de injusticias: han quitado la hacienda y la vida al extranjero, á la viuda y al huérfano; y pensando esconderse de vuestra vista, han llegado á decir, el Dios de Jacob no verá desde el cielo nuestros delitos, ni escuchará los alaridos que arrancamos á los infelices. Insensatos! aprended á conocer el Dios, á quien ofendéis. ¿Será sordo y ciego el que ha formado los oídos y los ojos? ¿qué idea os habéis formado de él? Ah! advertid que ha proferido en su indignacion contra los pecadores que piensan poderse esconder de su inmensidad, que ninguno de ellos espere poderse librar con la fuga: *si bajaren á los infiernos, mi mano los sacará de allí; si subieren al cielo, desde allí los precipitaré; si se ocultaren en las cumbres de los montes, de allí los ahuyentaré; si se sumergieren en el mar, mandaré á las serpientes que los devoren en las aguas; y si estuvieren en cautiverio, mandaré al cuchillo que los degüelle.*

¿Cómo podríamos ocultarnos á sus ojos los que no podemos ocultarle nuestros mas secretos pensamientos? El Espíritu santo nos ha dicho, que tiene presentes las operaciones de todos los vivientes; que para él nada hay oculto ni imprevisto; que escudriña los corazones, que registra de una mirada la historia de todos los siglos, que cuenta todas las gotas de las lluvias, las arenas del mar, y los dias de la eternidad; que manifiesta lo que encubria el seno de la noche; que saca á luz lo que ocultaban las sombras de la muerte; que el infierno le muestra sin embarazo la profundidad de sus calabozos; en fin que con una mirada registra el mundo de extremo á extremo, y pene-

tra el abismo. Esta es, hermanos míos, la justa idea que debéis formar de la inmensidad de Dios. En cualquier parte en que estuviereis, os ve, y estáis debajo de su mano: ¿qué importa pues que se circunscriba, ó deje de circunscribirse en el espacio, si en cualquier parte en que estuviereis, os está viendo y os puede castigar?

V. Señálese un lugar en que el Señor no ejerza su poder, y entónces señalaré límites á su inmensidad. Sigamos pues la mano de Dios en sus prodigios: todos los tiempos, todos los lugares, y todas las criaturas nos presentarán continuas pruebas de la eficacia de su palabra, y del poder de su brazo. Él fué el que dijo al principio que se hiciese la luz, que se desplegasen los cielos, que se reuniesen y depositasen las aguas en profundas concavidades, que apareciesen las playas, que produjese la tierra árboles y frutos, que dos astros brillantes presidiesen el uno al día y el otro á la noche; que los aires se pblasen de aves, el mar de peces y la tierra de diversidad de animales; en fin él dijo, hagamos al hombre, que sea el rey de la naturaleza, y que todas las cosas obedezcan á sus soberanas órdenes.

Tambien el profeta Isaías, admirado del magnífico espectáculo del universo, convida á todos los hombres á que reconozcan en él la imágen de su Criador. *Venid, exclama él, observád y admirád todas las obras del Señor: preguntád á los peces del mar, á las aves del aire y á los animales de la tierra; preguntád á la tierra y á todo el universo, y cada una de estas cosas os dirá, yo soy obra del Omnipotente.* Solo él podia sondear con su mano la inmensidad de las aguas, equilibrar los montes, pesar los cielos, y sostener como con tres dedos el globo de la tierra. Los cielos son en los que resplandece especialmente la magnificencia de sus obras. Ellos son la mas bella imágen de su gloria, la cual no cesan de publicar: el día anuncia el día, y la noche anuncia la noche. Los astros en un lenguaje perceptible á todas las naciones, dicen á todos los pueblos, existe un Dios que excede incomparablemente á sus obras en la majestad. Al imperio de su voz se desplegó el firmamento á manera de pabellon; puso sello y nombre á las estrellas; las llamó á todas, y respondiéndolo aquí estamos, se reconocieron por obra suya.

Dios conserva las criaturas con la misma virtud con que les

dió el ser, y subsisten por una creacion que se renueva sin cesar. Su constante inspiracion perpetúa la existencia de la naturaleza; renueva continuamente la superficie de la tierra, y á cada instante hace renacer el prodigio de la formacion del mundo y del nacimiento de los siglos. Vosotras, frágiles criaturas, no existís por vosotras mismas, mas sí por la mano todopoderosa que os está siempre preservando de la aniquilacion. Seres perecederos, vosotros existís por una virtud extraña, y os halláis pendientes de un hilo, y encima de la nada. Si el supremo Hacedor reconcentrase en sí mismo este impulso de su bondad que no cesa de reproducir el universo, si suspendiese ó detuviese su criadora inspiracion, los vivientes se aniquilarían, el hombre se resolvería al punto en humo, el mundo desaparecería, y Dios sería el único que existiese. Para acabar con todo no necesita él de rayos ni de imprecaciones. O Señor! solo con que retiréis vuestra vista de estas cosas frágiles, dejarán de ser, y desaparecerán con mayor velocidad que el relámpago.

¿Qué imperio no ejercerá sobre todos los seres aquel brazo omnipotente que sacó el mundo de la nada, y que está impidiendo que se aniquile? El criador y conservador de todos los cuerpos ¿no habia de poder moverlos á su arbitrio? ¿De qué mano pueden recibir el movimiento, sino de aquella misma que les dió el ser? Sí, hermanos míos; el Autor de la naturaleza la sujetó á las leyes que solo él puede traspasar, cuando le pareciere. Cuanto hay en cielo y tierra obedece á estas supremas leyes, y segun ellas todos los astros se mueven, retroceden, se paran, retardan ó aceleran su movimiento. El que los ha criado, los llama á todos por su nombre, y los hace caminar velozmente en ordenados escuadrones. Él es el que ha fijado al sol la hora de ocultarse, prohibiéndole que se descubra ántes del tiempo señalado, y este planeta no se extravía de los términos del horizonte; él señala todos los dias su tiempo á la aurora; manda al lucero de la mañana que se encubra ó se manifieste; dirige á la luna en su movimiento irregular; envía la luz, vuela esta, y vuelve á él cuando la llama; dispara y reserva los rayos; y sus carros obedientes le dicen al ponerse en sus manos, aquí estamos á tu mandado.

La tierra atenta y obediente á su voluntad le reconoce por su Señor, y tiembla en su presencia: la ha suspendido en el